

LOS EVANGÉLICOS Y LA MUERTE

Tiempo, memoria y política

ALEIXANDRE DUCHE*

En el Perú de hoy, los nuevos movimientos religiosos (NMRs) se han desplazado a lo largo del territorio nacional cambiando el rostro de la religiosidad de nuestro país. Estas nuevas formas de ver y entender el mundo se han caracterizado por un pensamiento simbólico en el cual convergen tanto cuerpo como espíritu. Denominadas también religiones institucionalizadas, los NMRs priorizan la acción del hombre en un sistema de normas y comportamientos basados en *aprender a vivir y morir*. En esta dicotomía, se apunta a una compleja política del cuerpo, que mediante rituales y discursos recrean y reordenan el mundo que -según ellos- les pertenece.

Partiendo de cómo se construye el tiempo histórico, los evangélicos han elaborado un sistema dual que inscribe a la vida y la muerte en un concepto compartido. En este punto crucial es donde el sistema de creencias y rituales comunales se conectan para dar paso a la construcción de la memoria. Sin embargo, el construir memoria implica también reconocer el *destino* del alma y la inmortalidad. Los evangélicos manifiestan que si bien todos hemos de morir físicamente, esto no implica una desaparición, sino, la continuidad de la vida terrenal. Los evangélicos gozarán del reino de los cielos con los suyos, se convertirán en hermanos(as) ancestros y asegurarán su inmortalidad simbólica; mientras que el *otro* no evangélico también vivirá eternamente, pero su destino es el sufrimiento y el anonimato de sus identidades.

El presente trabajo surge de la importancia de comprender cómo estos nuevos grupos religiosos evangélicos, a través de sus experiencias cercanas en torno a la muerte de seres queridos, establecen a partir de este hecho, una nueva comprensión del mundo social y religioso al cual se enfrentan diariamente. Se explora no solo cómo funcionan este tipo de comunidades religiosas, y de cómo se organizan y estructuran, sino también de cómo reelaboran prácticas funerarias que les permitan alejarse del catolicismo, construir una identidad colectiva en función de los vivos y los muertos y entender, finalmente, cómo la muerte es vista como una práctica política, ritual y performativa al mismo tiempo.

Los tiempos de la vida y la muerte: la concepción del tiempo

Así como la vida tiene sus propios tiempos, la muerte parece no tener uno solo, en todo caso, se presenta siempre como un suceso inesperado. Sin embargo, para los evangélicos siguen un camino distinto. El tiempo define «quién son» y «a dónde van».

Para los evangélicos, la concepción del tiempo determina su mundo, sus actividades, sus creencias, su fe, su vida y su muerte. Su concepción del tiempo o «tiempo evangélico» es aquel que se construye en la conjugación de tres momentos diferentes: el mitológico, el individual y el comunitario.

* Aleixandre Duché, es antropólogo por la Universidad Nacional San Agustín de Arequipa y Magíster en antropología por Pontificia Universidad Católica del Perú. Se especializa en temas educativos, sobre nuevas religiosidades y protestantismo, e investigación cualitativa. Actualmente se desempeña como Director del Área de Investigación y Desarrollo (I+D) de la Universidad Tecnológica del Perú (Arequipa).

En primer término, el tiempo mitológico es el bíblico y se inicia desde la creación. La vida humana empieza con el relato mítico de Adán y Eva (Gen 2: 7-25) hasta la muerte y resurrección de Cristo. El Génesis es para ellos el inicio de una serie de pactos o alianzas entre Dios y el hombre. Poco a poco, personajes como Noé, Abram, Jacob, José, Moisés y otros van construyendo el camino para la llegada de Cristo o también denominado «el tiempo de la espera». A modo de héroes culturales, estos personajes se configuran como los mediadores entre su pueblo y Dios. Sin embargo es el nuevo testamento escrito por Lucas, Mateo, Marcos y Juan -que narran desde el nacimiento hasta la muerte de Cristo- el que constituye una nueva normativa moral, organizativa y ritual del evangelismo, o llamado «el tiempo de la salvación».

Para las comunidades evangélicas, el tiempo bíblico subyace en la forma de entender la vida y la muerte. Según ellos, solo con la muerte y resurrección de Cristo es posible un renacimiento espiritual, y un estado de inmortalidad del alma y del espíritu dentro del «reino de los cielos». Así también, la resurrección conjuga sus concepciones sobre la vida y la muerte en una sola que da paso a la creencia sobre la salvación espiritual o «pureza espiritual». De esta manera, la muerte deja de entenderse como un final del todo y pasa a ser la consecución de una vida terrenal a una vida plenamente espiritual: el concepto de vida termina absorbiendo finalmente al de muerte, revirtiéndolo y re significándola como un gran acontecimiento ritual de liberación o encarcelamiento. El alma se libera finalmente del cuerpo impuro o se encarcela en la eternidad de la impureza espiritual absoluta.

El tiempo mitológico da paso al tiempo personal. Este es un tipo de tiempo particular y determina la posición de los creyentes ante los no creyentes. Por lo general, el tiempo personal está conformado por el «pasado remoto» y el «pasado reciente». Los evangélicos consideran al pasado remoto como el tiempo anterior a su condición de evangélicos, en este periodo se veían a sí mismos como alejados de Dios -no se asistían a cultos religiosos cristianos-, con relaciones familiares problemáticas, con problemas de adicción, engaños matrimoniales, individualismo y egoísmo, etc. Es un tiempo visto como violento, doloroso, triste y transgresor. En suma, es considerado como el recuerdo de una vida personal insatisfecha.

Por otra parte, el pasado reciente es aquel que se mide desde aquella primera experiencia religiosa que motivó su iniciación, cambio o migración espiritual al evangelismo. Este tiempo configura un nuevo sistema simbólico y emotivo, el cual es parte de un proceso de «conversión» religiosa que, finalmente, conlleva al rito del bautismo.

Se ha de considerar que, para el caso de las comunidades evangélicas, el pasado remoto se vincula con el pasado reciente a partir del denominado primer “encuentro” o “acercamiento” (o «primera experiencia religiosa»). A partir de este hecho, los nuevos evangélicos conformarán una red de amistades (“hermanos” o “hermanas” cristianos) y con ellos establecerán las bases para concebir al evangelismo como un modo de vida. Todo este nuevo gran viraje da inicio a lo que los evangélicos consideran como el tiempo comunitario o «el tiempo *de y para* la comunidad».

Este tiempo comunitario abarca desde la aceptación e inserción del creyente a diversos ámbitos de la comunidad hasta la realización del rito bautismal. A diferencia del tiempo personal, que por definición es de carácter individual, en el tiempo comunitario se comparte y se vive conjuntas de evangelización y crecimiento espiritual. De esta forma, para los evangélicos, en este tiempo, el nuevo creyente desarrolla un sistema de relaciones socio-religiosas especiales dentro y fuera de la comunidad evangélica: puede visitar abiertamente otras iglesias o comunidades evangélicas,

constituirse como líder evangélico, ser parte de ámbitos administrativos u organizativos de la comunidad, proponer cambios o reformas a los planes de evangelización, etc. El tiempo comunal es aquél donde todo evangélico se desarrolla abiertamente como tal; en él, el evangelismo deja de ser solo una religión, sino también comienza a ser vista como un modo de vida.

Entendemos hasta aquí, que el punto crucial que permite comprender inicialmente los conceptos de vida y muerte entre este grupo religioso están fuertemente delimitados en la forma de entender el tiempo. Pero lo que caracteriza a las iglesias evangélicas de otras iglesias de inspiración cristiana es la importancia que otorgan a la comprensión del pasado.

Para los evangélicos, el pasado siempre es visto como base para comprender el presente y el futuro, en la medida que el pasado ha construido el presente. Además, el pasado en general es visto como fuente de la memoria comunitaria y personal; en él, el pasado remoto pasa por un proceso de olvido en el presente, pero se constituye como recuerdo para construir un nuevo "yo".

Los evangélicos olvidan el pasado remoto para construir un presente; y, a causa de este proceso, lo remoto se reduce y lo reciente se expande. El pasado remoto se reduce a puntos cruciales que marcaron el viraje del cambio hacia el evangelismo: un proceso de significación y re-significación del pecado, la muerte y *el camino de Dios*. El pasado reciente da paso al desplazamiento de la idea de muerte; esta deja de ser concebida en tanto tabúes y prohibiciones, sino pasa a ser el móvil fundamental de la vida terrenal y la vida celestial. En tal sentido, la comprensión de la experiencia pasada y la construcción de la experiencia futura se establecen como marcos del cómo debe ser un buen cristiano.

En este *deber ser*, la relación de otredad que se establece entre el sujeto evangélico y el no evangélico no sólo es discursiva, oral e imaginaria, sino también es performativa. En esta relación se construyen las bases de la memoria como proyecto político, social y religioso de la comunidad, conformándose un nosotros distinguible de los otros. Lo resaltante en el evangelismo, es que ambas partes no existen por separado: no es el otro el que hace al nosotros, y viceversa, sino que ambos funcionan como un solo «nos(otros)», en tanto que el «nos» es la representación del pasado reciente, mientras que el «otros» simboliza al pasado remoto. Esto puede observarse en la premisa cristiana "todos somos hijos de Dios". Aquí, el "todos" se equipara al «nos(otros)», lo cual incluye evangélicos y no evangélicos. Pero también puede observarse en el tema de la temporalidad y la construcción del tiempo en general: nos/presente; otros/pasado. Ambos, en su conjunto y conjugación, dan apertura al futuro deseado de la comunidad evangélica: todos los seres humanos, evangélicos o no, *tienen qué*, tarde o temprano, convertirse en un solo «nosotros». Así, el concepto o idea del *presente* como tiempo aparece representado como un punto temporal en el momento actual desde el cual se mira el pasado y se construye el futuro.

En este punto, para los evangélicos, aquellos que ejemplifican el «nosotros» se encuentran en la condición que alcanzan sus difuntos, o "hermanos-ancestros", quienes son aquellos que, si bien no están presentes físicamente, representan y simbolizan la conjugación de todos los tiempos, el cambio de un estado impuro hacia la pureza espiritual, la identidad de la comunidad, el recuerdo y las bases de la memoria evangélica.

A la par, hemos de considerar que para las iglesias evangélicas, el olvido también es parte de su memoria, vale decir, que los evangélicos "olvidan" el pasado remoto de lo que fue el difundo en vida; en el velorio, a modo de ritual de purificación, asignan toda

aquella característica o condición que manifieste un estado de pecado al sujeto no evangélico. Así, los hermanos-ancestros representan el “¿qué queremos ser?” de la comunidad, es decir, el ideal deseado del individuo evangélico. En efecto, los difuntos están muertos físicamente (pasado) pero simbólicamente “vivos” (presente), y al ser considerados como presente, estos cumplen ciertos roles fundamentales dentro de la comunidad. Para los evangélicos, el tiempo se establece finalmente como lineal e infinito. Por lo tanto, puede desprenderse que, en el fallecimiento de un individuo, todos los tiempos se encuentran para dar sentido a las concepciones evangélicas de vida y muerte.

Comprendemos hasta aquí, que una comunidad evangélica rememora el pasado para construir un futuro eterno, y si el pasado significa una relación con el pecado, los muertos nunca son del pasado, son el presente y el futuro a la vez, porque considerarlos como pasado es considerarlos “muertos” y destinados al olvido de sus identidades. De esta forma, los creyentes evangélicos forman parte de una comunidad que está inserta en el tiempo. No importa cuán corto sea el tiempo terrenal, lo que importa es la inmortalidad simbólica que desean alcanzar. Así, la comunidad evangélica no construye su pasado sino su futuro.

Concepciones de vida y muerte

Las concepciones en torno a la vida en la comunidad de “El Camino” se basan en el Antiguo y Nuevo Testamento. Según el Antiguo Testamento (AT), la vida tiene tres significados. *Khayyim* que significa “sentido de movimiento o acción”, *Néfes*, que significa respirar o “soplar” (soplo de vida), y *Ruaj*, espíritu “vivificador”. Según estas concepciones la vida del hombre se entiende bajo concepciones de “plenitud” y “existencia vital”. De acuerdo al AT la vida es el don supremo que otorga Dios a los seres humanos, y su felicidad se basa en la obediencia hacia Dios.

Y de acuerdo al Nuevo Testamento (NT) la vida tiene tres significados: Zoé (“vida física” y “vida espiritual”) y todo ser humano puede -según sus acciones- *vivir* según “la carne” o en pecado o “vivir el espíritu”, de acuerdo a los mandatos de Dios; *psyjé* o alma, que es el principio de la vida; por último, *bíos* o llamada “existencia terrenal” que circunscribe todos aquellos recursos necesarios para subsistir (Grudem 2005; Baker 1992). Entendemos hasta aquí que Dios es el origen de la vida, la cual sólo puede recibirse a través de Cristo. La vida es goce, felicidad y sabiduría.

La muerte en cambio, tiene su inicio en Adán y Eva. Los dos primeros seres humanos no fueron creados para morir sino para escoger entre la inmortalidad y la muerte; así, el primer concepto de muerte se manifiesta como “desobediencia”. A raíz del *pecado original* la muerte afecta la dimensión física (perder la inmortalidad), la moral y la espiritual. Las dos últimas estas relacionadas a un “estado de muerte espiritual” y de incapacidad moral en tanto que el ser humano es el que ha trasgredido las normas de Dios. Así, la muerte se entiende como la separación entre el ser humano y Dios.

A partir de estos elementos la muerte en el evangelismo adquiere un nuevo significado. La muerte no es un castigo de Dios, sino un producto del “mundo caído” (Grudem 2005: 349). El mundo caído es el *daño* que los seres humanos hacen a sus cuerpos a través de actos de pecado. La vejez, la enfermedad, las lesiones, los desastres naturales, etc. se presentan como “experiencias” de la muerte. Así, la muerte se considera como un enemigo, sin embargo, es Cristo quien finalmente la destruirá. (1 Co 15: 26).

En cada uno de estos espacios una persona puede estar “viva” o “muerta”. Estar *vivo* es tener una forma biológica, física y/o espiritual activa e interactuante; pero estar *muerto* es estar fuera de este mundo y estar ausentes en una forma enteramente espiritual. La muerte no es un suceso final, sino es un pasar de la vida terrenal -según el comportamiento de cada individuo- a un destino final que puede ser el cielo o el infierno.

A continuación, exponemos el cuadro que resumen estas concepciones sobre vida y muerte, el cual a su vez, desarrollaremos a profundidad:

ESTADO O CONDICIÓN	VIDA (concepciones)	MUERTE (concepciones)
SUJETO	EVANGÉLICO	NO EVANGÉLICO
ESPACIO	Vida Eterna (cielo)	Muerte eterna (Infierno)
EL MUNDO CELESTIAL (EL MÁS ALLÁ)	Voluntad de Dios (designio y predestinación)	Voluntad del hombre (libertad e independencia)
	Salvación y pureza espiritual: felicidad y bienestar	Castigo e impureza espiritual: sufrimiento y dolor
	Comunidad y Memoria colectiva	Anonimato y olvido de la identidad
	Reencuentro familiar y amical	Pérdida, desaparición y ausencia
EL MUNDO TERRENAL (EL AQUÍ)	Voluntad de Dios (fe espiritual, sabiduría y conocimiento de Dios)	Ignorancia y/o trasgresión de la Voluntad de Dios
	Procreación de hijos (familia)	Pérdida (ausencia de familia)
	Evangelización y Comunidad	Pecado (Individualidad y Corrupción)
	Salud (bienestar físico, moral y espiritual)	Enfermedad (Pena, sufrimiento, dolor físico, moral y espiritual)

La vida terrenal

Para los evangélicos, el concepto de vida en el mundo terrenal posee varias significaciones y dimensiones: a) la vida concebida como la voluntad de Dios, mediante la fe espiritual; b) la vida como la procreación de hijos; c) la vida como el producto de la evangelización, el conocimiento de Dios y la vida cristiana; y d) la vida como salud y bienestar físico, moral y espiritual.

En primer lugar, para los evangélicos la muerte y la vida son parte del *plan y voluntad de Dios*. Pero esta voluntad no sólo se logra por medio de la fe, sino también por medio de un largo proceso de inserción al mundo evangélico, a sus creencias, a sus ritos

y ceremonias y el mundo. En suma, “la voluntad de Dios” es la metáfora que ellos emplean para designar su libre elección del evangelismo como modo de vida. Este primer sentido hace referencia a la vida evangélica como un estado constante de perfeccionamiento del sistema de creencias, es decir, vivir como evangélico.

La vida evangélica es también un proceso de transformación espiritual y moral continua. No basta aceptar la condición de “evangélico” para ser reconocido como tal, sino que esto implica modificar el sistema simbólico y de significaciones por el cual estos individuos solían interpretar el mundo: asignar nuevos valores éticos y morales, establecer nuevos parámetros en las relaciones sociales con los no evangélicos, elaborar constantemente un discurso de identidad evangélica, etc. Dar “vida” bajo una perspectiva evangélica es reinterpretar el mundo bajo estas creencias, confrontándolas con aquellas que en un momento dado constituyeron los pilares de su vida diaria. En esta “confrontación”, las nuevas significaciones son entendidas como parte de una voluntad natural, de la que, según ellos, no pueden escapar. Así, “la voluntad de Dios” es la voluntad de cada individuo evangélico para justificar el mundo de sus (nuevas) ideas, creencias, emociones y representaciones, el cual se establece durante varios periodos de enseñanza de la vida cristiana dentro de la comunidad.

“Estar vivo” es para un evangélico ser miembro activo de la comunidad evangélica y vivir bajo su sistema de creencias. Así, esta primera forma de entender la vida se basa en que los seres humanos aprendan a vivir bajo la voluntad propia de seguir siendo evangélicos, lo que implica que ellos aprendan qué significa la muerte (no ser evangélicos) y a qué conlleva este suceso.

En segundo lugar, la vida se hace por medio de la procreación. Según los evangélicos, un matrimonio concibe a un hijo no solo por la relación sexual entre hombre y mujer, sino por la *participación* de Dios en dicha concepción. En tal sentido, para los evangélicos, los hijos que nacen son también hijos de Dios, pues es Él quien otorga la vida. Sin embargo, se considera también que todo recién nacido nace en un estado de muerte temporal (espiritual). Para ellos, es menester que todo padre y madre, entre oraciones y señales de aceptación por parte de los miembros de la comunidad, invierta el estado temporal de muerte del recién nacido estableciendo el comienzo de su vida espiritual.

En tercer lugar, la vida se da por medio de la evangelización de las creencias. Se trata de otra manera de *dar vida* en el nivel familiar y comunitario; enseñando las creencias evangélicas las cuales se van constituyendo progresivamente en desarrollar las capacidades personales y la consciencia de que toda vida es representación de la voluntad de Dios, de sus creencias, sus normas, sus valores y definir su posición ante los no evangélicos. Así, dentro del ámbito familiar y comunitario, se considera como evangélico o miembro “vivo” a todo aquel individuo que ha realizado el rito del bautismo. Dicho ritual marca la vida socio-religiosa del creyente porque se convierte no sólo en *hijo de Dios*, sino también en parte activa de la comunidad cristiana. A la par, se considera a la conversión como un cambio en las ideas sobre el individuo y la familia. La comunidad evangélica se representa a sí misma como una ampliación de la familia, lo que implica una responsabilidad y una participación en el proceso de adoctrinación en las creencias evangélicas de forma progresiva y continua.

Es desde la comunidad evangélica donde el cambio de percepciones sobre las creencias religiosas se modifica. Se deja de entender a la espiritualidad como algo que se sustenta sobre sí mismo, como si la fe estaría presente desde el nacimiento y se manifiesta naturalmente. Los evangélicos sostienen que la fe y la creencia en Dios es una cuestión que se va construyendo progresivamente con las acciones, las actitudes, la

responsabilidad que cada congregado va adquiriendo dentro de la comunidad evangélica.

En cuarto lugar, la vida entendida como estado de bienestar y salud. Al considerar que la vida física, moral y espiritual se relacionan entre sí por medio de cuan comprometido y sometido está un individuo con la “voluntad de Dios”, dentro de la comunidad evangélica, todo estado de salud material, física y mental se relaciona directamente con el seguimiento correcto o no de las creencias religiosas. Por una parte, poseer un buen estado de salud es asumir que ellos están espiritualmente avanzando hacia una consolidación progresiva de los preceptos evangélicos. La salud física y psicológica está vinculada para este grupo con un estado constante de perfeccionamiento espiritual. Para los evangélicos, la forma correcta de “pensar” y “actuar” solo puede ser bajo las normas cristianas, aquel que se circunscriba dentro de estos límites es visto como un individuo que está vivo, y su salud física y emocional son “prueba” de ello, de que psicológicamente son individuos estables, y físicamente, individuos sanos, es decir, “vivos”.

Por otra parte, la “vida” es entendida también como un estado de bienestar material y económico (no necesariamente riqueza). El dinero u objetos materiales que obtienen por medio de actividades laborales son indicadores que de Dios no sólo alimenta su espíritu, sino también que les provee de los recursos necesarios para vivir de acuerdo a sus necesidades personales, y familiares cotidianas. Bajo esta concepción, consideran que uno no puede dejar sus actividades laborales o afines y entregarlo todo por la comunidad, pues la avocación extrema a la misma es signo de “descuido” de la vida familiar y personal. “Vivir” es relacionarse con los demás, en ámbitos que no necesariamente son evangélicos; la perspectiva de la comunidad radica en no “aprisionar” la vida de un individuo, sino otorgarle un sentido de libertad y libre elección, que no sienta que está obligado a negar o ir contra el mundo al cual pertenece.

Hasta aquí podemos entender que el concepto de vida terrenal para la comunidad evangélica está ligado directamente con el modo de ser y vivir que ésta establece para con sus congregados. Es el individuo quien personalmente asume una condición e identidad deseada, en este caso, la evangélica, asumiendo que es la voluntad de Dios dar vida a los seres humanos. Y a partir de ella, un proceso constante de transformaciones sociales, espirituales, religiosas y morales se lleva a cabo para dar sentido al sistema de creencias evangélicas que los individuos desean para sí mismos. La vida terrenal es la vida evangélica, en comunidad y comunión con sus pares evangélicos. Es a su vez la base para entender el mundo que les rodea, el que ha dejado atrás y el que aspiran a construir como grupo. Así, el concepto de “vida” como pureza espiritual no puede ser un concepto que concluya con la muerte biológica de un individuo: la “vida”, así como el tiempo evangélico, debe ser infinita e inacabable. En tal sentido, la vida terrenal debe dar paso a una vida plenamente espiritual; en otras palabras, la “vida eterna”, la concepción del tiempo y las creencias religiosas perderían sentido.

La muerte terrenal

Si la vida terrenal se entiende desde perspectivas espirituales, morales y religiosas, estrechamente ligadas con la vida personal y comunitaria de los miembros de la comunidad evangélica, la muerte terrenal puntualiza el lado opuesto: a) la muerte como pecado (transgresión de las normas y voluntad de Dios); b) la muerte como estado de enfermedad (espiritual, corporal o física y moral); c) la muerte como ignorancia de Dios

(referido a una condición religiosa y espiritual no evangélica o cristiana); y d) la muerte como pérdida (pena, dolor, sufrimiento por la ausencia o muerte de seres queridos).

En primer lugar, la muerte como pecado. Para comprender esta concepción de la muerte es necesario entender qué es -y cómo se considera- el pecado para este grupo religioso pues las demás concepciones sobre la muerte terrenal se ligan directamente a esta. De acuerdo al tiempo mitológico, el pecado ya existía antes de Adán y Eva. Lucifer y algunos ángeles, al ir contra la voluntad de Dios, fueron los primeros seres en cometer pecado. Ya en el Edén, la trasgresión a la norma de no comer el fruto prohibido dio inicio al pecado cometido por el hombre. El comer la *fruta prohibida* abrió paso al discernimiento sobre el bien y el mal.

A partir de estos sucesos, los evangélicos entienden que el pecado es parte de la naturaleza humana. A pesar de que todo ser humano nace con el “pecado heredado”, ellos consideran que es su deber invertir esta condición pre-establecida en todo individuo; por medio de las diferentes formas de dar y otorgar vida a otros. Así, podemos entender que para los creyentes el pecado es todo aquello que se opone a la voluntad de Dios, de la comunidad y de sus creencias. El pecado se expresa en falta, inequidad, rebelión e injusticia, que son propios de lo que ellos consideran como la “desobediencia consciente del ser humano”. Para los evangélicos, el pecado tiene cuatro manifestaciones: los hechos (robo, asesinato, estafa, etc.), las actitudes (arrogancia, mentira, insulto, etc.), el deseo de lo prohibido (deseo de pecar), y atentar contra la “ley moral” o incumplimiento de las normas y voluntad de Dios (Grudem 2005; Baker 1992).

La muerte considerada como pecado es para los evangélicos de orden terrenal. En este orden todo ser humano se encuentra “libre” (vida) o “aprisionado” (muerte) en la medida que él establece un conjunto de normas morales y éticas de vida social y religiosa. En las comunidades evangélicas, el “vivir” se hace en tanto se cumple la voluntad de Dios (la voluntad de la comunidad) y se sigue el destino u objetivos establecidos. Para ellos, Dios es la perfección del todo, y esta se manifiesta en “vivir” como evangélicos; mientras que el pecado es visto como el caos, desorden e imperfección, en suma, la muerte temporal. Así, entienden que la muerte terrenal es producto del comportamiento pecaminoso el cual convierte el cuerpo y el espíritu en impuros. En tal sentido, la condición de pecado está relacionada a la decisión de actuar libremente reflejada en un estado espiritual que afecta el intelecto, las responsabilidades, los deseos, las metas personales, las emociones y la salud.

Así, el conjunto de todo comportamiento y actitud no cristiana se considera como pecado; sin embargo, éstas se representan como parte de la voluntad del individuo de vivir -en lo que los evangélicos denominan- “el reinado del diablo”. Para ellos, todo pecado es la representación, no de la voluntad del Diablo, sino de la voluntad del ser humano por seguir normas y creencias no evangélicas. El pecado es así la representación de todo aquello que está fuera de los límites de la comunidad, y si ella se considera como un espacio de vida, la maldad, avaricia, delincuencia, etc. son característicos de todo ser humano en estado de impureza, de muerte y de constante agonía. De esta forma, para los evangélicos, un hombre en estado temporal de muerte o de pecado es visto como un individuo que anda y vive en el mundo sin un fin, una meta, un objetivo, como un alma errante en estado conflictivo consigo mismo.

En segundo lugar, la concepción de la “muerte terrenal” dentro del evangelismo nos conduce a una noción paralela de entenderla como enfermedad. Para los evangélicos, el estado de la impureza espiritual y corporal de todo pecador no sólo lo establece como “muerto espiritualmente”, sino que esta condición afecta también a su cuerpo. En la comunidad evangélica se considera que las enfermedades, específicamente

las graves (como el sida o el cáncer), y los trastornos de la personalidad (la depresión, la esquizofrenia, la paranoia, el narcisismo, la conducta antisocial, etc.) son productos de un vivir “alejados de Dios”. Por ello, toda enfermedad física y mental está ligada a un estado de impureza espiritual. Un individuo va muriendo o viviendo en la medida que sus actos, actitudes y su moral se mantengan acordes con la “voluntad de Dios”. Consideran que en el mundo terrenal, el cuerpo y el espíritu son uno sólo, por ello, un individuo debe cuidar su cuerpo y también “alimentar” su espíritu.

En tercer lugar, ¿a qué individuos se les considera como muertos espirituales en el mundo terrenal? Los evangélicos son muy claros al momento de construir al “otro” y estos son los no conversos como los ateos, los agnósticos y todos aquellos individuos quienes pertenecen a otras denominaciones religiosas. En el evangelismo, todas las personas que profesan otras creencias religiosas y espirituales son producto de la “ignorancia hacia Dios”, es decir, del llamado “mundo caído”. Según los evangélicos, aquellas personas son reflejo de la maldad, del caos, del desorden, de la violencia, es decir, son reflejo “vivo” del pecado.

Según las iglesias evangélicas, la muerte de los no evangélicos es considerada como una “pérdida”, pues su alma no alcanzará el reino de Dios debido a que ellos no se congregaron en su vida terrenal a la comunidad cristiana. Pero también es considerada como una pérdida material, en tanto no se presenta como crecimiento de miembros de la comunidad. Mientras que para los evangélicos la salvación es vista como “ganancia” espiritual y aumento de la población congregada.

En cuarto lugar, los evangélicos consideran el “mundo de la carne” y el “mundo caído” como los espacios en los cuales viven los no evangélicos. Para ellos, es importante concebir la idea de la salvación eterna, no como metáfora de vida, sino como representación de que sus identidades como cristianos, su alma, su memoria y su recuerdo “vivirán” eternamente en un estado de pureza espiritual absoluta (la muerte y la salvación como estado de felicidad completa) y serán considerados como ejemplos a seguir dentro de la comunidad. Por eso, ven en la muerte de los no evangélicos, sentimientos de pena, culpa, dolor. En la comunidad evangélica se considera que estos sentimientos y emociones *pre mortem* son característicos en el entorno de todo individuo no evangélico que “inconscientemente” sabe que su alma impura está destinado a una muerte eterna en el infierno. Así, ellos consideran también que la muerte de un no evangélico es una “muerte mala”, en tanto que es un alma impura la cual no merece ser parte de la memoria comunitaria y debe ser considerada como anónima.

Hasta este punto, podemos entender la concepción de la muerte terrenal como aquella que se ubica fuera de los preceptos religiosos, morales y espirituales que el evangelismo establece como marco normativo del evangelismo. Un no evangélico es siempre un sujeto propio del pecado, cuya vida cotidiana está plagada de sufrimiento, pena, dolor, carencias, enfermedad, etc. Producto de su propia voluntad de querer vivir alejado de “el camino” de Dios, los impuros vivirán eternamente pero confinados al anonimato de sus almas, de sus cuerpos, de sus identidades, del recuerdo y de la memoria colectiva.

Así, la muerte terrenal es para los evangélicos una “desaparición” y una “perdida” pero también es un “ejemplo” de cómo no deben vivir los “hermanos” y “hermanas” de la comunidad.

El mundo celestial y la vida eterna

Para los evangélicos, la muerte física sólo tiene dos finales, el cielo y el infierno. Al acabar el tiempo de la vida terrenal, según las iglesias evangélicas, todo creyente de la fe evangélica debe continuar viviendo, pero sólo de forma espiritual. Esta continuación de la vida terrenal es considerada como la “promesa” que Dios les tiene guardado.

Teniendo en consideración la creencia en la promesa de la inmortalidad espiritual, los evangélicos entienden, a partir de su muerte biológica, que la “nueva vida” estará plagada de nuevas atribuciones y recompensas para con los suyos. De esta forma, la concepción de la vida eterna se sustenta en cuatro dimensiones: a) la muerte como voluntad, designio y predestinación de Dios; b) como salvación y pureza espiritual plasmados en un estado de felicidad y bienestar plenos; c) el reconocimiento de la muerte de un individuo como estado de “vida eterna” por parte de la comunidad evangélica y su paso en la conformación de la memoria colectiva de la misma; y d) la muerte como el reencuentro del individuo con sus seres queridos.

En primer lugar, el evangelismo considera que la muerte de todo aquel individuo es producto de la “voluntad de Dios”. Ante la impredecibilidad de la muerte, los evangélicos manifiestan que el tiempo en que un individuo muere está predeterminado y designado por Dios. Esta estrategia comunitaria ante la muerte de un individuo les condiciona a estar obligados a seguir los preceptos, normas y creencias religiosas de forma constante pues consideran que todo individuo no sólo es un ser para la muerte biológica, sino también un ser para la vida espiritual eterna. Así, la “voluntad de Dios” como voluntad comunitaria es reunir a los fieles y sus creencias en torno a definir constantemente qué es la vida y qué es la muerte.

Siguiendo esta concepción, el evangelismo hace hincapié en que el estado de vida eterna se basa en la creencia de la salvación del alma, plasmada en un estado de pureza espiritual considerado como el único estado de felicidad y bienestar absoluta. Así, la muerte no es entendida por los evangélicos como un acontecimiento doloroso, de sufrimiento y de pena; sino más bien como un acontecimiento gozoso, feliz y esperanzador.

Como se puede observar, la muerte no implica para ellos una ruptura espiritual, ni tampoco una desestabilidad emocional. Implica más bien, un estado de bienestar, deseo, prosperidad y seguridad sobre el futuro de su espíritu. La esperanza se lee desde aquí como seguridad, pero también como motivación para seguir perteneciendo a la comunidad cristiana.

En tercer lugar, la “seguridad” y “motivación” en torno a la espera de la muerte de un individuo engloban la creencia que la muerte de un miembro evangélico no implica su desaparición ni discontinuidad de la comunidad. El “reino de los cielos”, es un espacio imaginado para la ampliación de la comunidad y de los fieles evangélicos después de la vida terrenal. El “cielo” es considerado como la “promesa” o “recompensa” de una vida bajo las creencias evangélicas, pero también como el único lugar donde puede morar finalmente el espíritu de los evangélicos. Sin embargo, en un primer nivel, la comunidad evangélica no reconoce abiertamente en qué consiste este lugar, no saben si en él su forma física, sus recuerdos y sentimientos se mantendrán. Pero, a un nivel personal, los evangélicos manifiestan que el “cielo” tiene una representación muy parecida a su concepción sobre la familia y la comunidad.

Así, en cuarto lugar, la concepción del cielo o “reino celestial” se imagina como un lugar de reencuentro con su familia, sus seres queridos y su comunidad cristiana. Entonces, ellos manifiestan que el cielo “debe” ser igual -o parecido- a su espacio

cotidiano, pero con la salvedad que es un espacio donde todos son evangélicos, no existe el pecado ni la idea de éste, los individuos “viven” en su forma física de mayor plenitud y fuerza.

De esta forma, el “cielo” es para los evangélicos un espacio para “vivir” eternamente, donde el reencuentro y el descanso -ante el mundo terrenal el cual es visto como un lugar problemático, conflictivo y pecaminoso- se configuran como la “gran” promesa a una vida bajo las enseñanzas y creencias cristianas, pero sobre todo, es un lugar que da sentido al porqué de la comunidad evangélica pues ella representa “el camino” hacia la salvación de sus creyentes.

El infierno y la muerte eterna

Los evangélicos sostienen que no todos los individuos podrán alcanzar el reino de los cielos; que aquellos que han pecado solo pueden esperar “el reino de las tinieblas” o infierno.

Al igual de cómo ellos imaginan el cielo, el infierno tampoco parece tener una forma particular. Pero, a nivel personal, ellos creen que el infierno debe ser muy parecido al mundo terrenal en estado de pecado que observan en su vida cotidiana o a través de los medios de comunicación: pobreza, asesinatos, violaciones, enfermedad, sufrimiento, dolor, carencia espiritual, etc.

A partir de estas consideraciones generales, dentro del pensamiento evangélico, todo individuo que alcance su destino final en el infierno o también llamada “la muerte eterna” será entendida como: a) producto de la libre voluntad del hombre a cometer pecados; b) es un castigo que produce impureza espiritual y un estado de dolor y sufrimiento; c) genera que la identidad del individuo caiga en el anonimato; y d) se considera como ausencia, pérdida y olvido.

En primer lugar, los evangélicos manifiestan que todo individuo no evangélico que no se ha “sometido” a la “voluntad de Dios” sólo puede esperar para después de su muerte la condena de su alma. Así, la “muerte eterna”, como continuación directa de la “muerte terrenal”, es la representación de lo que consideran la “justicia divina”.

A partir de estas consideraciones, el infierno es entendido para el evangelismo como el castigo que Dios otorga a quienes no han sido conscientes o han rehusado durante su existencia terrenal a establecerse como evangélicos. Así, la muerte de todo individuo debe ser considerada a su vez como un estado de sufrimiento propio de una impureza espiritual absoluta.

Por tal motivo, una segunda dimensión que implica el infierno establece que El infierno es un lugar de tormentos. Para los evangélicos, la imagen de “tormento” y “sufrimiento” sólo puede ser imaginada con lo vivido en el mundo terrenal. Nadie afirma qué tipo de males específicos aquejarán a quienes mueran en pecado, solo pueden situarlo como el “máximo sufrimiento”, tanto corporal como espiritual.

Lo importante en estos relatos es que los evangélicos asumen que todo aquel individuo que esté destinado al infierno poseerá -al igual que en el cielo- su forma física y su alma semejantes a las que poseyeron en vida. A la par, asumen que en el infierno todo individuo pasará hambre, dolor físico, quemaduras, tristeza, etc., las cuales bien pueden asumirse como representaciones de los problemas en el mundo actual. Sin embargo, el infierno implica no sólo sufrimiento, dolor y castigo, olvido y ausencia. El castigo más grande que les espera a los no-evangélicos no radica tanto en el tipo de sufrimiento físico que les aguarda después de su muerte, sino más bien, que su espíritu,

su alma, quedará en el olvido de los que aún están en vida, los cuales irán poco a poco olvidándose de ellos, de su recuerdo y memoria.

Para los evangélicos, el verdadero sufrimiento en el infierno, es que los individuos quedarán destinados a la soledad e incomunicación absoluta. Cuando se menciona que “no podrán pasar de allá a acá”, los evangélicos hacen referencia a que las almas que se encuentran en el infierno no podrán reunirse nuevamente con sus familias y seres queridos, no podrán ser parte de la memoria y el recuerdo de los que aún están en vida, así, su identidad se irá lentamente olvidando hasta el punto de quedar en el anonimato: el verdadero infierno o “tormento” es ser “eliminado” (o desaparecer) como sujeto conformante de la identidad y memoria colectiva del entorno cercano al difunto no evangélico.

En cuarto lugar, los evangélicos insisten que “la muerte eterna” es siempre una muerte mala, una que no-debe-ser, pues consideran que la muerte de todo individuo - que es parte de un proceso comunitario y familiar- debe ser aceptada y aprobada por la comunidad: la “muerte buena”. En este sentido, ellos hacen hincapié que una aprobación mayoritaria sobre una muerte de un individuo implica que todos reconocen que él o ella están listos para acceder al reino de los cielos. Así, consideran que no deben preocuparse por un destino lleno de sufrimiento y dolor; al contrario, sienten felicidad y goce por esta muerte.

Sin embargo, cuando un no evangélico muere, ven en aquél acontecimiento un evento que conjuga sentimientos y emociones de tristeza y dolor, no por parte de los evangélicos, sino por parte del entorno no evangélico que ve la muerte como pérdida y ausencia.

De acuerdo a los evangélicos, estos sentimientos y emociones solo pueden representar una consciencia sobre el destino fatal del alma de difunto y, a modo de espejo, ven en aquel acontecimiento un tiempo que representa la culminación de una vida en pecado. Así, la pérdida representa la ausencia física y espiritual del difunto, pero también un sentimiento de temor ante la muerte: la consciencia de que cuando mueran sus identidades, lentamente, irán desapareciendo.

En suma, la muerte eterna se establece como metáforas y representaciones por las cuales los evangélicos describen y sustentan el destino del alma de los no evangélicos. Ellos enfatizan este estado como la impureza absoluta, la cual no merece el reconocimiento de la identidad particular de quien fallece, en cambio, hacen hincapié en que los impuros sufrirán eternamente en el infierno: su recuerdo, su memoria y su identidad se desvanecerán de los pensamientos de sus familias y entorno cercano.

Cabe anotar, por último, que para las comunidades evangélicas, no existe más lugar para los que mueren que el cielo o el infierno. Así, la creencia sobre un mundo o espacio intermedio pierde sentido e importancia. El purgatorio, según los entrevistados no existe no porque Dios no lo haya creado, sino porque un individuo al ser “bueno” o “malo”, sólo puede esperar que su final sea ser premiado o ser castigado en alguno de estos dos mundos. Así, un individuo no puede “vagar” ni esperar a que su destino final esté condicionado por oraciones de los vivos o por intermediarios como vírgenes o santos.

Así, siguiendo las concepciones sobre la vida y la muerte, no existe un día de celebración para sus muertos, pues eso implicaría recordar a aquellos a quienes no se les debe recordar, a quienes su presencia se ha convertido en ausencia, y a quienes sufren en el infierno el anonimato de sus identidades. Por tal motivo, los muertos no tienen un día ni un lugar específico donde celebrar su vida y recordar su muerte. Los únicos muertos que la comunidad evangélica establece para recordar son los muertos

que han alcanzado la vida eterna pues estos tienen una presencia real dentro del grupo, una presencia diaria y continua.

Consideraciones finales: la muerte como política

El evangelismo tiene como centro principal de sus creencias la Biblia, y fundamentalmente, los libros de los cuatro evangelios del Nuevo Testamento. Consideran que “todo proviene de Dios”, la sabiduría, el discernimiento, etc. Además sostienen que la vida proviene de Dios. Es una comunidad religiosa que torna sus preceptos bíblicos como base para construir un estado socio-religioso moral, espiritual y comportamental; su máxima comunitaria es *aprender y saber “vivir”*. El discurso sobre la vida y la muerte es el eje central por el cual determinan la posición y estado de un individuo. Además, toman a la evangelización como medio para incorporar a un no creyente al estado de vida espiritual y corporal. En tal sentido, los evangélicos han construido su propia percepción del tiempo como lineal e infinita, donde solo existe la concepción del pasado (remoto, antes de ser evangélicos, y reciente, cuando se han convertido), y del futuro (la vida eterna después de la muerte física).

En torno a las concepciones de vida y muerte, estas se entienden desde dos planos: el terrenal y el celestial. En el plano terrenal, consideran a un individuo vivo en tanto es creyente y acepta la voluntad de Dios. Es un estado de goce, felicidad y pureza. A la par, consideran que un individuo puede estar vivo pero “muerto” espiritualmente. Se considera este estado como parte del “mundo caído” producto de vivir en autonomía y deseo de estar alejado de Dios. En el plano celestial, los evangélicos consideran que son “salvos” y que vivirán eternamente en un estado de felicidad y pureza absoluta junto a Dios y sus seres queridos. Mientras que un no evangélico también vivirá eternamente, pero en un estado de sufrimiento, dolor, pena. La salvación eterna representa la continuidad de su identidad, de su recuerdo, de su memoria, ya sea para su familia o para la comunidad evangélica. A esto se le considera “inmortalidad simbólica”. En cambio, los no evangélicos, verán su identidad, su memoria y su recuerdo inmersos en el anonimato. Así, como ejemplo de lo que significa una “mala muerte”.

A través de la lectura bíblica, los evangélicos han establecido la prohibición del culto a los muertos. Los muertos son considerados también vivos en una forma espiritual (hermanos-ancestros) y estos se encuentran en un estado de perpetua contemplación de Dios. Los hermanos-ancestros, al no estar “muertos”, tienen aún roles y papeles dentro de la comunidad. Al definir su identidad final durante las ceremonias funerarias, se establece los límites de sus opiniones y voluntades. Así, al reunirse los evangélicos y evangélicas para realizar alguna actividad o tomar decisiones cuenta también como voto válido la decisión que el difunto hubiera tomado en vida. A la par, la inserción de hermanos-ancestros redefine la estructura y organización misma de la comunidad para incluirlos. El concepto de hermanos-ancestros es fundamental para comprender el concepto de inmortalidad simbólica, pues consideran que si van a vivir eternamente, su presencia en este mundo no puede quedar reducida sólo al recuerdo temporal o a fechas específicas de celebración o conmemoración de la vida y muerte del difunto. La inmortalidad simbólica les permite seguir estando presente en el mundo terrenal. La idea central de las concepciones de vida y muerte se circunscribe en separar y delimitar los conceptos de pureza (cuerpo impuro/impuro y alma pura/impura). Así, la reencarnación después del juicio final, se concibe como la pureza absoluta, el reencuentro del cuerpo y el alma, ambos, en estado puro.

Sobre las actitudes ante la muerte, para los evangélicos se han establecido cuatro tipos: la muerte propia, la muerte por acompañamiento, la muerte ajena, y la muerte

prohibida. La muerte propia se concibe sólo para los evangélicos. Este tipo de muerte se considera como un “premio” pues gozarán de la vida eterna y de la inmortalidad simbólica. La muerte por acompañamiento está referida a los seres queridos de los evangélicos (Madre, padre, hermanos, hijos, parientes y amistades cercanas). Los evangélicos se consideran responsables directos por el estado o destino final de sus almas; a través de rezos y oraciones -especialmente cuando el individuo está pronto a morir- los evangélicos creen que están salvándolas, pues ellos están “evangelizándolas” y llevándoles la palabra de Dios. La diferencia entre la muerte ajena y la muerte por acompañamiento radica en que sólo los evangélicos podrán alcanzar la condición de hermanos-ancestros puesto que para ello se necesita el reconocimiento de toda la comunidad evangélica. La muerte ajena se concibe como la muerte de los no evangélicos. En ella el destino del alma del difunto es el infierno, lugar de caos, sufrimiento y tristeza, pero, sobre todo, de disolución subjetiva, quedando su identidad en estado de anonimato. La muerte prohibida sólo será concebida para aquellos individuos que se han suicidado, evangélicos o no. Se concibe en ella ningún tipo de perdón, oración o evangelización.

La muerte es entendida como política y como memoria. Para los evangélicos el ser parte del espacio público los conduce a repensarse a sí mismos. El poco crecimiento en número de fieles conversos con respecto a otras iglesias evangélicas, se ha presentado como una barrera que no les otorga un reconocimiento como institución, como comunidad y como denominación evangélica dentro de la esfera pública. Para insertarse en lo público, sin ver su identidad trasgredida o confundida, han reorganizado a comunidad evangélica, teniendo como base la inserción de los difuntos como elementos vitales en su quehacer evangelizador. A la par, el sujeto evangélico se constituye también como elemento para construir memoria. Ven en sus vivos y en sus muertos a individuos poseedores de lo sagrado (seguidores de la voluntad de Dios). Esta narrativa configura su discurso religioso y político, delimitando las fronteras de su identidad, la de los otros, y permitiendo a su vez, generar estrategias de inserción en lo público. El discurso y las concepciones sobre la vida y la muerte se presentan como elementos retóricos mediante los cuales pueden “convertir” o “renacer” una sociedad que, según ellos, está en decadencia (el “mundo caído”). Al considerar que todo individuo es por naturaleza “impuro”, el proceso de evangelización se presenta como estrategia de revertir tal condición. Desean ser parte de lo público, “convirtiéndolo”, poco a poco, en lo “privado”, en lo cristiano, en lo evangélico. En tal sentido, construir memoria se configura como un proceso político donde la “diversidad” de identidades debe dar paso a una “homogenización” moral, espiritual y corporal del sujeto no evangélico. Volver lo “impuro”, puro.

El carácter institucional de las iglesias evangélicas se basa en la construcción de un “gran relato” sobre lo humano y lo divino; en él, la vida y la muerte son conceptos centrales que permitirán al grupo una sólida cohesión social-religiosa, y establecer fronteras simbólicas frente a otras comunidades cristianas.

Este relato se basa en la concepción de Cristo como héroe cultural, como principio normativo e identitario de la comunidad. Para los evangélicos, la vida y enseñanzas de Cristo deben reflejarse claramente en su identidad religiosa: Cristo es el símbolo central de su condición ciudadana y nexa que les permite diferenciarse de otras religiones de inspiración cristiana, de modo que, la construcción de una memoria como grupo, cimienta las raíces de su proyecto cristiano y evangelizador en un contexto local. Sin embargo, solo han podido construir “memorias privadas” restringidas al espacio socio-religioso de la comunidad. Su identidad como evangélicos se ha confundido con

otras denominaciones cristianas, y a modo de un estado de clandestinidad, se han visto forzados a permanecer al margen de la esfera pública y de todo proyecto nacional que vea en ellos -como grupo religiosos- a sujetos políticos partícipes de la vida local y nacional.

El espacio político, religioso y público dominante se ha tornado agresivo con ellos. Censuras, prohibiciones y rechazo por quienes son, los han llevado a permanecer en un estado de alerta y a contemplar como necesaria su inclusión dentro de la esfera pública de la que solicitan ser parte. Su lucha ha empezado.

Al ver su identidad religiosa confundida con otras, el papel político que han asumido es conformar las bases de una memoria colectiva que les permita moverse dentro de lo público. Aquí, los sujetos evangélicos se han convertido también en sujetos políticos, donde la concepción vida/muerte se torna en el discurso central de su acción político-religiosa.

Ellos han decidido no enfrentar directamente a sus críticos. En cambio, han construido un fuerte capital social que incluya tanto a sus vivos como a sus muertos. A la par, han construido un tiempo histórico que les permite delimitar, no sólo su discurso como comunidad religiosa y su identidad comunitaria, sino también, el accionar político hacia los "otros".

El tiempo de la vida y el tiempo de la muerte se adjuntan como parte de esa gran narrativa mediante la cual establecen los márgenes de su identidad y de su proyecto político. El tiempo los define. El pasado se les presenta como un proceso histórico por la lucha de reconocimientos simbólicos por parte de los actores evangélicos, y mediante la cual, han ido negociando circunstancialmente su participación en micro escenarios y espacios públicos (sus centros laborales, educativos y su entorno familiar y amical).

El primer reto que han asumido es establecer los márgenes de su proyecto político y religioso con la iglesia católica, para dar paso luego a una memoria de reconocimiento público. La construcción de la memoria para los evangélicos es una cuestión de disputa y conflicto, no sólo con las raíces y tradición católica de las que provienen gran parte de sus fieles, sino por ser parte del espacio público. Los evangélicos perciben que los puentes entre la iglesia católica como institución y la sociedad se han ido resquebrajando hasta el punto de ver en dicha ruptura una ventana abierta a través de la cual ellos puedan insertarse dentro del espacio público.

Las iglesias evangélicas admiten dos formas de reconocimiento e inserción dentro de la esfera pública que permiten la construcción de la memoria para otras instituciones sociales, políticas y religiosas: fechas, aniversarios y conmemoraciones, así como objetos que materializan la memoria (monumentos, museos, etc.). Acerca de lo primero, los evangélicos, al distanciarse de un vasto calendario religioso conmemorativo (días de santos, de vírgenes, fiestas patronales, día de los muertos y de los vivos, etc.), han reducido sus celebraciones religiosas a dos fechas importantes: semana santa y navidad. El problema que les suscita esto es que ambas celebraciones son compartidas con católicos y otros protestantes de diferentes denominaciones. Aquí, construir una memoria compartida propia, singular, es imposibilitada por las celebraciones católicas tradicionales. A la par, numerosas personas que celebran dichas fiestas religiosas, así como la masiva producción textual y audio-visual de parte de los medios de comunicación que banaliza tales festividades, reduce enormemente su proyecto de evangelización y su presencia pública. Tomando como ejemplo los cementerios, los evangélicos han visto en estos espacios públicos, lugares donde su identidad evangélica queda reducida al anonimato y a la disolución de su identidad con respecto a otras religiones, especialmente la católica. Esto nos conduce a la cuestión sobre la

materialización de la memoria. La numerosa presencia de iglesias católicas, a la par de figuras e imágenes de Cristo, de vírgenes y santos, se presenta ante ellos como objetos que no pueden conformar parte de su memoria y sus creencias, y que les niegan una presencia en lo público. Solamente el local donde realizan sus reuniones se representa como un espacio de la memoria, pero al utilizar una vivienda, ésta pasa desapercibida y cae en el anonimato. La cuestión ahora es: ¿Qué han hecho -o qué están haciendo- los evangélicos para afrontar tales cuestiones?

Los evangélicos han constituido al cuerpo como espacio central de la memoria: la metáfora del cuerpo como *templo*, deja atrás la categoría inicial y pasa a conformar el eje principal para su construcción. Los creyentes se ven a sí mismos como símbolos religiosos vivos, como monumentos mediante el cual pueden *hablar* -a diferencia de una estatua de un santo o una virgen- e interactuar con los demás. La memoria privada personal y comunitaria que han ido construyendo les permite realizar un proyecto evangelizador personal y focalizado. Han aprendido, durante sus años de evangélicos, métodos, técnicas y una retórica por la cual no necesitan de conmemoraciones de fechas religiosas, ni objetos o símbolos sagrados. El (su) cuerpo representa para ellos lo sagrado. Es por esto que los muertos también importan. Pero, para alcanzar esta concepción, la comunidad se ha visto en la necesidad de reconstruir un orden democrático interno, en la que sus derechos ciudadanos y políticos estén garantizados independientemente -a la par- de su condición religiosa. Entienden que la empresa de construir una memoria por medio del acontecimiento de la muerte es un proceso democratizador de la comunidad. La muerte de un individuo es el medio para renovar las normas de control en la comunidad, así como de realizar un balance sobre los participantes y la forma cómo está progresando la comunidad como institución. Aquí radica la importancia de las ceremonias y rituales como símbolos de lo sagrado. La comunidad prepara a sus miembros para la vida comunitaria interna, para la vida familiar y parental, pero, sobre todo, para la convivencia ciudadana.

Sobre este aspecto, el concepto de “inmortalidad simbólica” es clave para entender no sólo el significado de la vida más allá de la muerte; es también un concepto político, donde los muertos tienen también responsabilidades dentro del proyecto de construcción de la memoria de la comunidad y de democratización interna.

La muerte para ellos no es sólo un ritual socialmente construido para afrontar el duelo, sino también es un proceso que permite ir construyendo la memoria colectiva del grupo. Redefiniendo los límites de su sistema de creencias, definen su identidad y el destino de la comunidad. La construcción de la memoria, por tanto, gira en torno a la comprensión de la muerte como un proceso de reorganización interna, que asigna roles y papeles tanto a vivos como a muertos. La muerte se convierte en la base de la conformación de la memoria.

Bibliografía

- AUGÉ, M. 1998. *Las formas del olvido*. Barcelona: Gedisa.
- BAKER, I. 1992. "Teología bíblica". En: Ferguson, Sinclair; David Wright; y J. I. Packer (editores). *Nuevo diccionario de teología*. El Paso: Casa Bautista de Publicaciones.
- GOODY, J. 1962. *Death, property and the ancestors. A study of the mortuary customs of the Lodagaa of west Africa*. London: Tavistock publications.
- GRUDEM, W. 2005. *Doctrina bíblica. Enseñanzas de la fe cristiana*. Miami: Editorial Vida.
- HALBWACHS, M. 1992. *On Collective Memory*. Chicago: University of Chicago Press.
- JELIN, E. 2002. *Los trabajos de la memoria*. Madrid: Siglo XXI.
- LE GOFF, J. 1991. *El orden de la memoria. El tiempo como imaginario*. Barcelona: Paidós.